

En las últimas décadas, hemos sido testigos de un colapso moral en el mundo occidental. Aumento de la violencia, anarquía en el comportamiento sexual, falta de respeto a los mayores, y la lista continúa. Toda una literatura y una filmografía describen y enumeran este fenómeno, del que se apodera la prensa y por el que se enfadan los partidos conservadores, mientras que los llamados partidos progresistas lo ven con buenos ojos. Las propias leyes fomentan lo que algunos llaman laxismo moral, legalizando el suicidio y en algunos países la eutanasia, y legalizando el infanticidio (el aborto no es infanticidio si pensamos que el feto no es una persona, pero en cualquier caso en Francia la Interrupción Médica del Embarazo, o IMG, que permite deshacerse de un feto unos días antes de dar a luz, sí es infanticidio). En medio siglo hemos pasado a sociedades en las que los jóvenes ya no se casan y cambian de pareja, en las que las familias se rompen y se vuelven a formar de distintas maneras. Todo se ha puesto patas arriba, y es fácil pensar en una especie de anarquía que no augura nada bueno para el futuro.

Pero no soy tan pesimista. Y me gustaría matizar e incluso cuestionar lo que he dicho antes. Para no alargarme demasiado, haré dos puntualizaciones.

Primer punto: la anarquía moral, que puede llamarse nihilismo moral, no existe porque no es viable. Ninguna sociedad existe sin la moral común de la humanidad, basada en definiciones universales del bien y del mal (el bien es el amor, la paz y la solidaridad; el mal es el odio, la guerra y el asesinato). C. S. Lewis estudió estas certezas permanentes y universales entre todos los pueblos y las llamó «lugares comunes fundamentales» o «la unanimidad masiva de la razón práctica». Además, las características humanas fundamentales (diríamos características ontológicas) dan lugar a preceptos morales que sabemos válidos para todos los seres humanos: formar una familia para la educación de los hijos (sea cual sea el tipo de familia, que difiere mucho de un pueblo a otro), prohibir el incesto, honrar ritualmente a los muertos. Jean Baptiste Vico ya lo puso de relieve, y también se encuentra entre los antropólogos de hoy (en Francia tenemos la corriente de la antropología cognitiva, por ejemplo en Pascal Boyer, heredero de Lévi-Strauss).

Los episodios de nihilismo, en los que todos estos fundamentos esenciales son derribados por la burla y la provocación, existen, pero son muy raros y fugaces, y sólo conciernen a una pequeña élite. En la Antigüedad, podemos citar el caso de Diógenes el Cínico (es decir, «el perro»), que aconsejaba comerse al padre y acostarse con la madre, pero sin provocar más que risas corteses entre los atenienses, y que no llegó a convertirse en una escuela de pensamiento. Lo mismo puede decirse de la *cohorte de soixante-huitards* que, en los años 70 del siglo XX, abogaban enérgicamente por el incesto y la pedofilia, llegando incluso a firmar manifiestos. No duró mucho. Sabemos cómo se trató la pedofilia después. Esto me lleva al segundo punto.

Mi segundo punto es que la segunda mitad del siglo XX vio el colapso del cristianismo, entendido como el poder de la Iglesia sobre la sociedad. A partir de ese momento, el cristianismo seguía existiendo, y de hecho se defendía bien, pero se convirtió en gran medida en una minoría y ya no podía dictar sus leyes morales a la sociedad, porque ésta estaba cada vez menos afiliada a sus creencias. No podemos imponer leyes morales a un pueblo que ya no cree en los fundamentos de esas leyes, por ejemplo, prohibir el divorcio, como hace la Iglesia, presupone que creemos en la fidelidad; prohibir el aborto presupone que creemos que el embrión es una persona amada por Dios.

Así se invierten las prohibiciones. En muchos ámbitos de la moral, volvemos a las antiguas sociedades paganas precristianas: al legitimar el divorcio consentido, el aborto o el suicidio, volvemos a poner en vigor las mismas leyes que la primera sociedad cristiana había abolido en sus inicios. Las primeras medidas tomadas por Teodosio, emperador de la cristiandad naciente a finales del siglo IV, habían sido prohibir el infanticidio, el suicidio y el divorcio, con los que había tenido muchas dificultades.

Estamos asistiendo a un retorno a las sociedades paganas, no sólo en cuanto al contenido de las llamadas leyes «sociales», sino también en cuanto a los promotores de esas leyes. Hoy, cuando se plantea un problema moral, como legitimar o no el aborto o la eutanasia, ya no se apela a la Iglesia (que ya no tiene autoridad), sino al Estado. De este modo, volvemos a las antiguas sociedades paganas, en las que mientras

los sacerdotes (o sacerdotisas) se ocupaban exclusivamente de los rituales, el Estado se ocupaba de la moral común (les recuerdo que los judeocristianos son los únicos que asocian moral con religión).

No estamos cayendo en la anarquía o en una especie de nada. Es absurdo decir, como Dostoievski: «Si Dios ha muerto, entonces todo vale». Porque eso significaría que todas las sociedades sin Dios están desprovistas de moralidad, lo que no tiene sentido. Porque estamos en proceso de expulsar a Dios de nuestra cultura, estamos en proceso de unirnos a otras morales, cercanas a las precristianas y asiáticas. Al hacerlo, estamos perdiendo tanto la trascendencia (son morales inmanentes) como el humanismo (que situaba al hombre en el centro de la creación). Pero no perdemos la noción del bien y del mal: se traducen de otra manera. Desaparecen muchas prohibiciones, pero aparecen otras, por ejemplo, la penalización de la pederastia o de la violación. Sería muy provinciano, porque ya no es nuestra moral la que se aplica, decir que no existe moral alguna.

Usted lamenta, y esto es muy importante, que ya no tengamos un código moral común. Es un hecho: hasta la segunda mitad del siglo XX y durante dieciséis siglos, tuvimos un código moral cristiano común : se llamaba cristiandad. Esto requería un consenso social. La desaparición de este consenso transformó la moral cristiana en una moral minoritaria y permitió la aparición de otras morales. Algunos se inspiran en gran medida en la moral cristiana, es lo que yo llamo humanitarismo: una recuperación de los preceptos evangélicos de igualdad y dignidad, sin la trascendencia y en la creencia de que es posible dar forma concreta a los principios trascendentes aquí en la tierra. Otros pretenden dar deliberadamente la vuelta a los principios cristianos, sustituyendo la inspiración evangélica por la libertad individual. Otras corrientes reclaman formas de responsabilidad individual, como la ecología. Como nos encontramos en un periodo de ruptura, aún no hemos llegado a una nueva moral consensuada, y por eso vivimos en un gran desorden moral. En una conferencia reciente, llamé a este momento «los cuarenta rugientes».

Hay que reconocer que nos resulta muy difícil ver, sin saber qué hacer, este torbellino de morales contrarias en medio del cual vivimos.

Para terminar, citaré esta frase de una carta que Joseph de Maistre escribió en 1794 a la marquesa de Costa: “Debemos tener el valor de admitirlo, señora, durante mucho tiempo no comprendimos la revolución a la que asistimos, durante mucho tiempo la tomamos por un acontecimiento. Nos equivocábamos: es una época ; y ay de las generaciones que asisten a las épocas del mundo”. Somos las generaciones que asistimos, desordenadamente, al comienzo de una era, de la que aún no sabemos lo que será.